

El pensar occidental del siglo está empeñado en aprender —o simplemente pretender— a escribir la Historia al revés. Durante siglos la sociedad y el inconsciente popular se nutrieron de su memoria histórica (de la narración de su pasado) y de mitologías ocurridas en algún momento indefinido del tiempo, pero que siempre quedaba atrás. El único concepto de futuro con auténtica vigencia social se refería al fin del mundo y poco más se esperaba sobre lo que habría de venir; el futuro se concebía más como fin de la historia que como su continuación. Ni siquiera las utopías clásicas tenían una intención específicamente futuroológica. Fue la Ciencia la que de forma rotunda, y ya en el siglo XIX, crea el futuro como espacio en primer lugar imaginario (narrativa) y discursivo-racional después.



Luis J. Martín de Dios. Licenciado en Filosofía Pura y Psicología por la Universidad de Madrid. Lleva 16 años dedicado a la investigación social aplicada al consumo, las actitudes políticas y los fenómenos sociales en general. Ha sido profesor de la Escuela de Psicología y Psicoterapia para post-graduados de la Universidad Complutense de Madrid.

Previsión a 10 años o la historia al revés

Texto: Luis J. Martín de Dios

Y así, junto a la mitología de anticipación, sobre ese futuro que nunca acaba de llegar y que nunca llegará (mitología literaria, cinematográfica, del comic, etc...), se ha ido produciendo la pretensión, ahora ya definitivamente científica, de escribir la Historia al revés (de escribir la historia del futuro) y ha surgido así el concepto de prospección. Porque la ciencia positiva es capaz de establecer predicciones sobre fenómenos que necesariamente se cumplirán en la realidad física, gracias a que se ha podido formular una legalidad de validez universal, se ha llegado a la conclusión-pretensión de que es igualmente posible establecer predicciones "científicas" en el ámbito de la Historia. En ello estamos todos y es en este escenario "científico" (nosotros entendemos que solamente ideológico) en el que se representa el drama-comedia de la predicción que cada uno de nosotros con mejor o peor suerte seamos capaces de enhebrar con unos cientos de palabras. Es lícito, por tanto, hacer objeto de nuestro análisis aquí, no tanto un intento más de ingenua predicción de futuro, cuanto poner de manifiesto la naturaleza y filiación estrictamente ideológicas de la pretendida científicidad del discurso prospectivo sobre el futuro.

Y así, para concretar nuestro punto de vista, seguramente disidente en el contexto al que se dirige, anticipemos aquello que no vamos a pretender demostrar (sería ésta una pretensión demasiado fuerte, a su vez también sospechosamente "científica"), sino meramente evidenciar o poner de manifiesto o quizás tan sólo pretendamos hacer objeto de nuestro análisis aquello sobre cuya reflexión sería bueno llevar al lector:

- Que la reflexión sobre el futuro (en el sentido fuerte) no es científica. (1)
- Que seguramente

tampoco es posible que lo sea.

- Que encubre un fondo "ideológico" fácil de discernir.

- Y que en muchos momentos se atiene a una falsa modernidad sumida todavía en el ámbito epistemológico inaugurado con el racionalismo científico.

Maticemos inmediatamente: lo que se discute es la diferencia entre cambio social y revolución tecnológica. Es evidente que las Nuevas Tecnologías en general (también las tecnologías químicas y otras) y las de las telecomunicaciones y la informática en particular, han producido durante los últimos 10 años (y antes) cambios sociales importantes y que, por tanto, no hay razón alguna para no esperar que así siga sucediendo en los próximos 10 años y en los que vengan después, si es que la tecnología atómica no pone fin a nuestros demonios y sueños del futuro y no termina por dar la razón a aquel pensamiento medieval para el que el único futuro era el fin.

La noción de "revolución tecnológica" se ha convertido en un lugar común y se conviene en que lo sustancial, diferencial y en definitiva, revolucionario de esta revolución consiste precisamente en las posibilidades que ofrecen hoy por hoy la tecnología Informática y de las telecomunicaciones. ¿Cómo es así que el discurso moderno se ha deslizado desde la más sencilla e indiscutible noción de cambio social o cambio histórico necesario a la de revolución, por qué este universal deslizamiento del pensamiento occidental sobre el futuro? La propia palabra revolución implica obviamente connotaciones que tienen que ver con la rapidez, lo inesperado, lo violento y quizás también lo necesario; implica además una posible asociación más neutra con las revoluciones de un motor (imagen de aceleración); se

suele olvidar que etimológicamente la palabra revolución tiene además el sentido de regreso. Parece razonable suponer que la noción de revolución tecnológica apunta en su sentido más superficial a connotaciones que tienen que ver con:

- La rapidez del cambio que se espera.
- La profundidad del cambio histórico a que dé lugar.

Los ciudadanos del antiguo régimen temían y esperaban por y de la revolución (según la inserción social de cada uno), pero hoy la revolución, a lo que parece, está en manos de los técnicos, como si se acercase el gobierno de los filósofos. Se observa una cierta fascinación (un cierto regusto en parte narcisista) en el pensamiento de que estamos asistiendo y somos, por activa o por pasiva, actores de algo que pasará a la Historia como una efectiva revolución. Toda revolución, por necesaria que sea, tiene mucho de deseada, de temida o acariciada, comporta un fuerte voluntarismo y la verdad es que a veces nuestro pensar sobre el futuro parece remendar, a pesar de su aparatosidad, aquellos sencillos y obstinados cantos en las barricadas de revolucionarios "de los de antes" (o sea de revolucionarios); parece como si la función de nuestro aparatoso pensar prospectivo tuviese por fin el de infundirnos mutuos ánimos. La retórica de nuestros cantos se puebla de conceptos (quizás sólo imágenes) "preñados de futuro": racionalización, abaratamiento, automatización, simplificación, planificación y sobre todo aceleración como sinónimo de eficacia. Uno no puede por menos que pensar, ¡escandalosa paradoja!, en la aceleración de la caída y en que, cosa curiosa, el ascenso siempre es más y más lento, propuesta ésta formulada por un cierto pensador (Guenon) que rompe así cualquier esque-



“
En términos
de planificación
social el
presente tiende
a desleírse
en términos
de futuro.”

ma preconcebido sobre la idea de aceleración como valor de progreso.

Pero, estemos asistiendo a la aceleración de la caída libre o a la aceleración del motor de la Historia, en cualquiera de los dos casos parece existir una relación epistemológica evidente entre rapidez y futuro. Este sólo se ha convertido en objeto de efectiva reflexión cuando el hombre occidental ha tomado conciencia, no ya de que el curso de la Historia presentaba en cada momento ritmos diferentes, sino de que era posible influir activamente sobre dicho ritmo y justamente cuando se ha alcanzado la autocomplacida convicción de que el ritmo histórico se ha acelerado más que nunca: en términos de planificación social el presente tiende a desleírse en términos de futuro. El hombre ha comenzado a sentirse responsable, no ya de su futuro inmediato, sino de su futuro cósmico y el pensar, tanto más el pensar científico, ha devenido netamente antiprovidencialista. El futuro ya no per-

tenece a Dios. A esta situación se ha llegado por derroteros ideológicos muy diferentes e incluso opuestos, pero la sociedad desarrollada en su conjunto ha acordado que es necesario prospectar ya y prospectar además científicamente, con el poder predictivo de la casi adivinación, con el riesgo habitual (en las llamadas Ciencias Humanas) de que, a fuerza de científicos, sólo seamos capaces de predecir lo obvio. Preferimos nosotros aplicarnos a examinar qué late bajo la idea misma de prospección. ¿Por qué esa universal necesidad de prever el futuro, no ya el futuro individual o de grupos humanos más o menos reducidos, sino del cuerpo social en su conjunto e incluso de la especie?

El pensar prospectivo sobre la revolución tecnológica presenta en conjunto y desde fuera, a la mirada del observador (nunca imparcial del todo) una ciertas nociones constantes (de forma más crítica: una ciertas convicciones o creencias fuertemente asentadas) de aceptación virtualmente universal; más allá de ellas la única diferencia fundamental entre tiros y troyanos existe sólo o en el optimismo de los integrados o en el pesimismo de los apocalípticos (2). En síntesis las nociones o creencias básicas son estas:

- El futuro, no sólo está "a la vuelta de la esquina", y ello gracias a la indiscutible aceleración —progresión— tecnológica (¿pero marcha la Ciencia a la misma velocidad?), sino que además será más futuro que nunca, más sorprendente y abrumadoramente diverso con respecto a lo conocido hoy.

- Pero el futuro preocupa: hoy es ya "científicamente evidente" que el desarrollo comporta daños sobre la dinámica y el tejido sociales; se ha producido la quiebra de la fe en el desarrollo técnico - económico como bondad histórica intrínseca e intangible: es necesario anticipar, prever, o más humil-

demente tener en cuenta, los traumatismos sociales por el desarrollo y para el Sistema la tarea de esta previsión y la aplicación de posibles soluciones anticipadas significa ya sólo un incremento de los costes de producción.

● A su vez, el centro de la relación desarrollo-daño se encuentra ocupado por dos conceptos centrales: automatización e información.

— La automatización (y otros conceptos próximos, cuales racionalización, simplificación, abaratamiento, etc...) es el ideal técnico indiscutible (ángel), aunque un contra-ideal para cualquier forma de ética social humanista (demonio).

— La información es en sí misma (en sentido intrínseco) un bien social, incluso un ideal humanístico, y el único problema es el de su uso y posible monopolio por el Poder; pero, con las debidas restricciones, el hombre será tanto mejor (más hombre y menos animal) cuanto más informado.

● Automatización e información cambiarán la faz del mundo; el futuro es el tiempo preferido (y necesario) de la prospectiva; prospectiva significa estar preparados: aunque la aceleración tecnológica es evidente para los técnicos, éstos saben que sus aplicaciones permanecen todavía en parte en un estado de hibernación o latencia, pero debemos prepararnos para el "big-bang" de la historia por el que todo quedará trastocado. Quizás no estemos todavía haciendo una revolución, sino sólo planificándola y acaso la prospectiva no sea otra cosa que el primer ensayo histórico de revolución con proyecto previo y pliego de condiciones.

La proposición más general a partir de la que la prospectiva es posible y se ha hecho un hueco en el discurso científico podría ser ésta: la automatización y el incremento progresivo de

(¿la demanda de?) información preparan una revolución histórica de efectos globalmente deseables, aunque en parte temibles; la prospectiva debe y puede prever el futuro para evitar o, al menos paliar, los posibles efectos negativos, supuesto que el avance tecnológico no será en todo caso detenido ni desacelerado. Por tanto, si es necesario prospectar, se sobreentiende que es también posible y que lo es con criterios científicos objetivos: es posible la predicción y consiguiente planificación del futuro en el sentido o dirección que convenga a la especie o más estrictamente —añadamos por nuestra parte— al Poder que la instrumentaliza. Lo que criticamos no es la pretensión de anticipar fenómenos psicosociales inmediatos a partir de aplicaciones tecnológicas ya producidas, sino el que, por inmediatamente disponibles, se anticipen dichas aplicaciones y se pongan sus consecuencias sociales a nivel macro: primero se anticipa el futuro material (tecnológico) y a continuación se postula el carácter revolucionario del cambio social, de tal forma que la única función de la prospectiva es apoyar "científicamente" dicha postulación ideológica: "la reducción del tamaño de los chips o el abaratamiento de su coste en el mercado está produciendo, queramos o no, una auténtica revolución social" (EL PAÍS del 3/9/87 sobre la inauguración en la Universidad Menéndez Pelayo del seminario sobre Tecnología de la Información y Futuro: el ponente era David Stone de DIGITAL). Curiosamente la noticia que aparecía en la misma página del indicado diario e inmediatamente debajo de la anterior rezaba así en sus titulares: "Comenzó la retirada del cableado del vídeo comunitario en Cádiz"; un procedimiento de difusión de información disponible deja de utilizarse por razones inmediatamente legales y mediatamente económicas.

El ejemplo anterior (de revolución social con permiso de la legalidad vigente y de la rentabilidad económica) señala lo esencial de aquello que queremos criticar. Volvamos a los técnicos: para ellos la invención del futuro, con ser imaginativa (necesaria, convenientemente imaginativa desde el punto de vista de sus investigaciones y desarrollos) no es en absoluto falsa. Las previsiones sobre desarrollos tecnológicos demuestran no ser en absoluto fantásticas. Pero el deslizamiento se produce cuando el discurso técnico-científico originario se proyecta sobre el tejido social, porque entonces se confunden hasta el paroxismo (triumfalista o agorero) dos conceptos entre los que existe una evidente relación causa-efecto, pero que pertenecen a dos órdenes de realidad muy diversos:

● Disponibilidad (tecnológica).

● Aplicación social (de la tecnología y posterior generalización).

Lo esencial es atenderse al principio de que la disponibilidad tecnológica no genera de forma necesaria aplicación social y mucho menos generalización. El tiempo va mostrando los imprevistos que se producen justamente en el paso de un concepto al otro, de un nivel de realidad estrictamente técnica a otro de realidad histórica; se empieza ya a señalar el relativo fracaso de las teleconferencias o de la aplicación del vídeo en la enseñanza; la infrautilización del vídeo es evidente (sabemos de revistas especializadas en vídeo que ya han fracasado en España) y qué decir del empleo actual del ordenador doméstico. Las mediaciones sociales producen fenómenos cualitativos que invalidan cualquier intento prospectivo global.

Sucede, a nuestro parecer, que en la sólida y seria previsión del futuro tecnológico los propios técnicos caen en una trampa, no sabemos si sutil o evidente: suponen la generalización de una aplicación tecnológica a partir de su disponibilidad y para prever ésta tienen en cuenta, además de las posibilidades técnicas, tan sólo la condición de rentabilidad económica. Así oímos de avances tecnológicos posibles, pero inaplicables, por razón de sus costes. Tales posibles avances son sólo utopías, mientras no respeten la condición de rentabilidad. Y esto es evidentemente cierto como condición de realidad, pero en absoluto como prueba de realidad. No es verdadero en forma alguna que todo lo que sea técnicamente posible y económicamente rentable se aplicará socialmente de forma generalizada. Es un principio evidentemente falso, pero al que toda la prospectiva social del impacto de las

“
Quizás no
estemos todavía
haciendo una
revolución,
sino sólo
planificándola.”

nuevas tecnologías parece atenerse.

Entendemos que existen determinantes sociales múltiples que mediatizan el paso desde la disponibilidad a la aplicación y que en última instancia tienen que ver con las propias demandas sociales (necesidades y deseos). ¿Conecta el desarrollo tecnológico con dichas necesidades y deseos? Ante esta pregunta el discurso técnico permanece mudo y así debe ser; en el fondo ese discurso no se siente preocupado por la necesidad de dar una respuesta y se produce así una paradoja en la base del pensar prospectivo; se conviene la avalancha de información que nos viene encima y en la automatización a ultranza del proceso productivo, pero nadie se pregunta si es que verdaderamente existe una demanda social a esta información y si es que la sociedad va a consentir, sin respuesta histórica posible, quedar escindida, según auguran muchos, entre una mayoría de autómatas, parados, tontos e inútiles frente a una minoría de supertécnicos. Todos digitalizados, todos controlados. Ese perfil de mundo cotidiano resulta en sí mismo excesivamente simplista, digital, por no decir maniquero. Es necesario preguntarse qué intereses median en el sesgo del discurso universal hacia una visión en el fondo tan estúpida por simplista y tanto da que se cargue a premoniciones y admoniciones morales como que desencadene la adhesión y el entusiasmo de los más acérrimos defensores del desarrollismo. Es necesario un pensamiento demitificador que comience por señalar que la complejidad de la historia no es subsumible a simplificaciones positivistas. Los ordenadores resuelven problemas complejos mediante operaciones muy simples, cosa que genera en muchos una contaminación epistemológica en el análisis histórico y social. Ese pensamiento simplificador reivindica un carácter científico que es necesario negar. Al-

gunos de los que han reflexionado sobre la cuestión han señalado la carencia de un pensar cualitativo sobre el futuro, o sea de un pensar estructural.

En realidad está bien claro para todos que el futuro no se juega sólo en la disponibilidad tecnológica, y acaso ni siquiera se juega principalmente, sino en la capacidad que tenga el medio social de hacer uso de dicha disponibilidad, capacidad regulada por una relación (de producción-consumo) que en absoluto ha sido alterada hasta ahora por el desarrollo tecnológico y que seguramente tampoco va a serlo en un futuro previsible.

A poco que se observe el medio social, se descubre que el ritmo de implantación de las Nuevas Tecnologías no corre con velocidad pareja en el mundo de la producción (trabajo)

“
*Los técnicos
suponen la
generalización
de una
aplicación
tecnológica a
partir de su
disponibilidad.*
”

en comparación con el de la reproducción (ocio, no trabajo). En uno y otro campo se observa también que la generalización de una aplicación tecnológica implica casi siempre la condición de un desesperante empobrecimiento de las posibilidades que dicha aplicación brinda. En estas condiciones es aceptable la idea de cambio social, pero la experiencia cotidiana volatiliza y desmitifica esa pretenciosa noción de revolución por la técnica. Los Nuevas Tecnologías de la Información producen evidentemente un efecto de reforzamiento de tendencias observables en el tejido social, pero no tienen con claridad a cambiar el signo de dichas tendencias. La automatización tecnológica más avanzada no es otra cosa que el estadio último conocido del proceso de producción en serie y, a parte las cuestiones de fatiga laboral, tanto da mantener a un obrero conectado a un tren de ensamblaje de piezas industriales que a un teclado informático; el automatismo en el trabajo doméstico podrá ser reforzado, pero es un principio del consumo de bienes preexistente desde hace tiempo: instantaneidad y sencillez de las operaciones domésticas son beneficios ya hace muchos acuñados y actuales en el medio social.

Y así llegamos a pensar que el discurso prospectivo y anticipativo, sin pretenderlo en la intención individual de muchos, no hace sino constituir una gigantesca y universal campaña publicitaria en que lo posible se propone ya como modelo y como modelo deseable. La prospectiva corre el riesgo de convertirse en un gigantesco estudio de mercado en el premárketing creador de mercados futuros. Desde nuestro punto de vista debería establecerse una nítida distribución entre dos niveles de predicción:

● Predicción sobre la disponibilidad tecnológica, atendida con solidez a principios y métodos científicos y

técnicos en sí mismos irreprochables.

● Predicciones sobre la aplicación social y generalización de tecnologías, predicciones hasta aquí sujetas a adulteraciones ideológicas que es necesario depurar, para plantear primero si las tales predicciones son posibles y por qué forma de reflexión no meramente cuantitativa(3).

La cuestión es bien clara: al segundo nivel, que es el que nos compete como investigadores sociales, las Telecomunicaciones y la Tecnología de la Información no son otra cosa que reforzamientos en la práctica social a tendencias históricas que se sujetan a unas relaciones estructurales en las que las aplicaciones tecnológicas quedan integradas como un componente entre otros y no necesariamente el principal. No se debe esperar de las tecnologías y sólo de las tecnologías revoluciones sin más, ni alteraciones estructurales sólo comandadas por ellas. Max Scheler anticipó hace ya mucho este riesgo epistemológico decimonónico en el que todavía estamos. Antecipar, en fin, los efectos sociales de las Nuevas Tecnologías sobre la sociedad española en los próximos diez años implicaría una reflexión encaminada a la anticipación de la dialéctica social en ese período y en la que la tecnología sólo quería una pieza más del rompecabezas. Por ello optamos por renunciar a semejante ejercicio sociohistórico. Devolvamos la palabra a los técnicos.

NOTAS

- (1) Nuestra crítica no pretende alcanzar la razonable pretensión de prever los efectos inmediatos y concretos (a corto plazo) de una aplicación tecnológica determinada sobre un grupo humano de pequeño tamaño y con tarea definida (empresa, escuela, etc...).
- (2) Quede presente que no deseamos representar aquí a ninguno de los dos bandos.
- (3) El pensar cuantitativo es la condición de posibilidad del experimento, el pensar cualitativo el de la Ciencia como teoría de la Realidad.